



Pedro Chacón
Víctima de la Piedad.
Araceli Zambrano
Valencia, Pretextos, 2022

EL DEDO DEL DESTINO

María Zambrano identificó a su hermana Araceli con Antígona, personaje mítico definido por la filósofa con las precisas palabras: «Nacida para el amor, fue devorada por la piedad». Pedro Chacón se propone en esta novela desvelar los entresijos de una vida trágica marcada por el destino. Para llevar a cabo la difícil tarea y, después de manejar la documentación existente basada en epistolarios e inéditos, recurre a tres monólogos de personajes-testigo, claves en la vida de Araceli Zambrano: Carlos Díez, su primer marido; Manuel Muñoz, su posterior compañero, y su hermana María Zambrano. Finalmente, oímos la voz de la protagonista rememorando su vida en 1942, fecha que marca el inicio de la trágica muerte de Manuel Muñoz, y 1952, su separación definitiva de Carlos Díez que anuncia ya su próximo suicidio.

El autor alterna en estos monólogos escritos testimoniales y formas epistolares. Escoge para ello el momento de la proximidad de la muerte, en el que se deslizan ante nuestros ojos las situaciones claves de nuestra vida, los éxitos y las esperanzas fallidas. Los cuatro protagonistas del drama han sido arrastrados por la Historia: la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial, los triunfos de Franco en España y

de los bolcheviques de Lenin en Rusia. De tal tsunami, sólo María Zambrano supo trascender la circunstancia histórica y encontrar en el delirio de su hermana una verdad existencial y en el exilio no sólo la clave de su vida; sino la de todo ser humano.

Carlos Díez y Manuel Muñoz justifican su trayectoria vital desde dos temperamentos opuestos, ambos sobre-pasados por la circunstancia. Carlos Díez, inteligente, apasionado, impulsivo, excelente profesional médico que quemó su vida en aras de un ideal; primero republicano; posteriormente comunista, siempre en lucha frontal contra el fascismo. Huyó a la Unión soviética en 1939 y el régimen comunista lo decepcionó radicalmente; sin embargo, justificó su vida por el servicio a ese ideal que la realidad había hecho añicos: «Ganamos una guerra, pero perdí un ideal», escribe hablando de su participación en la Segunda Guerra Mundial del lado de la Unión Soviética. Por ese ideal había malogrado su relación con su primer y gran amor, Araceli Zambrano, amor que no fue capaz de recuperar ya en su descenso a los infiernos, después de haber logrado salir de la Unión soviética, gracias a la ayuda de la NKVD, a la que pertenecía, y con el apoyo de Caridad del Río, la madre de Ramón Mercader, el asesino de Trosky.

Manuel Muñoz era un hombre bueno, cuya vida profesional se había deslizado por los cauces de la vida militar y, posteriormente, de la política como diputado por el partido de Izquierda Republicana. No era un hombre de carácter versátil. No fue capaz de afrontar la situación del Madrid de 1936 y se convirtió en el símbolo de la impotencia de los republicanos para contener la violencia, los asesinatos y la anarquía de un pueblo revolucionario al que habían entregado las armas. En su exilio en París, no se siente capaz de abandonar la ciudad ante el avance de los nazis, y acaba siendo detenido por la Gestapo. Justifica su vida por su amor a Araceli y se declara inocente de unas acciones por las que sería condenado a muerte; pero que ni las ordenó ni las pudo evitar como director general de seguridad de julio de

1936 a enero de 1937, periodo en el que proliferaron los asesinatos al alba por las checas anarquistas y los cometidos en la Cárcel Modelo de Madrid, entre ellos el de su exjefe de filas Melquíades Álvarez.

Ambos hombres, decisivos en la vida de Araceli Zambrano, tal vez hubieran podido colmar su deseo de amar y ser amada. Araceli era una joven bella, culta, sensible, amante de la música y dispuesta a entregarse en cuerpo y alma al amor; pero las circunstancias le mostraron su rostro más torvo, especialmente en el periodo en el que vivió en París bajo la ocupación nazi, sometida a interrogatorios e intentando servir de ayuda a su madre enferma y a su último compañero, preso en las cárceles francesas, bajo la espada de Damocles de la extradición.

El monólogo de María Zambrano, quien rememora su infancia y su vida con su hermana, introduce el elemento positivo de la vida de Araceli: el amor incondicional de la fraternidad que es capaz de traspasar las fronteras de la muerte. Finalmente, el monólogo de Araceli nos proporciona las claves definitivas de esas palabras definitorias que le dedica su hermana: «Nacida para el amor fue devorada por la piedad». Su vida transcurrirá ya siempre bajo la atenta vigilancia de María, quien intenta paliar sus delirios de persecución, que se agudizan conforme se aproxima su final. Dirigirá su amor, transformado en piedad, hacia todos los gatos callejeros y enfermos que va encontrando en su camino.

Dos hallazgos narrativos avalan la amenidad de este libro logrado. La presentación indirecta de la vida de Araceli, a través de los personajes más influyentes en su vida; y la capacidad del autor para introducirse en la piel de los protagonistas con ayuda de la documentación existente. Nos conduce así el autor a la intrahistoria y asistimos a la guerra civil —a cualquier guerra— y a las ideologías que la generaron, desde la vida concreta de unos personajes de carne y hueso, que son los que realmente nos pueden hablar de la labor minuciosa de destrucción que la guerra y la confrontación entre seres humanos pueden realizar en la vida de las personas.

Finalmente hay que destacar la impecable labor de edición de la editorial Pretextos, que cuenta con un seleccionado apartado de imágenes gráficas, que ponen rostro y contexto a los protagonistas en cuya intimidad Pedro Chacón nos ha introducido con gran habilidad narrativa.

MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA